

# Capítulo 28 - Luces Pálidas

- Capítulo 28 - Luces Pálidas

# Capítulo 28 - Luces Pálidas

Tristán no lograba entender cómo hacer funcionar esa maldita escala plegable, así que terminó balando como una cabra perdida durante media hora, hasta que uno de los centinelas en patrulla lo escuchó.

Pasaron otros diez minutos en los que la teniente Vasanti y sus secuaces le gritaban para que describiera el dispositivo en detalle, sin conseguir que funcionara. Finalmente, uno de los hombres de capa negra le lanzó una cuerda escalera, abandonando la máquina como una causa perdida. Cuando bajó, sólo estaban los centinelas, con una excepción: Maryam. Era un peligroso hábito comenzar a ver lo que se quería ver, así que la ladrona no se permitió creer que en esos ojos azules distinguía un respiro de alivio. Ellos habían optado por confiar, pero no había garantía de que esa confianza durara más allá de las pruebas que estaban enfrentando.

La insinuación de que desde un principio ella había apuntado a una cooperación en un proyecto mayor quedó relegada. El futuro era ahora una tierra extranjera, en la que no se podía confiar. La mujer de cabello oscuro atravesó la multitud de capas negras, algunos de ellos susurrando entre risas, y por un instante pareció que iba a abrazarlo.

Pero en vez de eso, le golpeó la copa contra el pecho.

—Aquí —dijo Maryam—. Intenté venderlo, pero era un armatoste tan harapiento que no encontré a quién interesarle.

—Ciego y un mal regateador —murmuró Tristan, colocándoselo de nuevo en la cabeza—. Menos mal que logré regresar. ¿Qué harías sin mí?

—Suerte —contestó ella—. ¿Eso llamas cuando la piedra se queda atascada en tu bota después de la sacudida?

Un suspiro, pero no suyo. La teniente Vasanti frunció el ceño al verlos.

—No sé qué es esto —dijo, moviendo un dedo en su dirección—, pero me está causando rechazo hacia la cena. Deténganse de inmediato.

El ladrón le lanzó un botón de piedra tallado. Ella lo atrapó, con bastante agilidad para su edad.

—Es una llave —le explicó—. Lo mejor sería apuntar algunos mosquetes hacia la puerta antes de usarla. Hay un dios del otro lado que simplemente no puede esperar para invitar a alguien a cenar.

La anciana lució desconcertada.

—Para eso están las municiones de sal —comentó—. Buen trabajo, muchacho.

—Vivo para recibir tu elogio —respondió Tristan con un tono sombrío.

La teniente Vasanti deseaba un informe detallado, pero él le dijo que quería primero un médico. Para conciliar, le narró sus desventuras mientras el médico de la guarnición se ocupaba de su dedo roto. Para su sorpresa, parecía poco interesada en el dios. Lo que más le atraía era la habitación con los azulejos, y le pidió que la describiera varias veces, tomando notas, además de un detalle más: la barra de metal con la marca de aleación en el extremo. Le interesaba tanto que le pidió que dibujara la marca desde su memoria. Tristan lo hizo, con un lápiz de carbón rasguñando el papel barato.

—Quizá no sea exactamente así —advirtió—. Solo la vi de pasada.

Ella silbó, con la vista en el dibujo, atendiendo solo a medias.

—¿Qué te llama tanto la atención de la marca? —preguntó.

Para su sorpresa, ella decidió responder. Esperaba un comentario mordaz y una despedida rápida.

—La gente suele pensar en los Antediluvianos como una nación de dioses vivientes, moldeando el mundo a su antojo, pero eso solo fue cierto para la élite del Primer Imperio —explicó la teniente Vasanti—. Alguien tuvo que limpiar el polvo de las maravillas y mantener los engranajes en movimiento.

La urgencia por manipular la férula que el médico había colocado en su dedo roto era casi insoportable, pero se obligó a pensar en su lugar. El hombre había regresado a los cuarteles, si la férula se rompía, estaría solo.

“Entonces, la barra era alguna especie de herramienta,” deducción a Tristan, girando la cabeza ligeramente.

“Los grandes del Primer Imperio podían manipular el éter de manera similar a como los Navegantes moldean la Gloam,” le explicó Vasanti. “Sus sirvientes, sin embargo, no tenían esa habilidad. Entonces, ¿cómo evita un dios viviente tener que hacer funcionar su propio carruaje cuando el aparato se alimenta de éter?”

“Creando herramientas que puedan afectar el éter,” respondió él.

“Eso es lo que representa esa marca, muchacho,” dijo la Teniente Vasanti, sin esconder su entusiasmo. “Es nuestra forma de hacer funcionar una de esas máquinas sin necesidad de un Navegante. Si tenemos suerte, habrá sido diseñada para las baldosas y nos permitirá abrir la puerta principal sin importar los sabotajes del Infierno.”

El estallido de entusiasmo menguó, y con él, la disposición de la teniente a seguir alimentando su curiosidad. Ella lo dejó en su asiento, diciéndole que ya no era necesario en la tarde, y se fue a consultar con su grupo de seguidores. Tristan observó cómo su espalda se alejaba cada vez más, considerando cuán furiosa estaría si alguna vez llegaba a saber que había retenido información en su informe.

No le había contado acerca del segundo botón de piedra en su bolsillo, ni de la puerta de cristal verde.

Con la partida de Vasanti, otros finalmente pudieron acercarse. Maryam y Vanesa se unieron a él en la mesa, esta última ayudada por su compañero de tez pálida para sentarse. Parecían animados, especialmente Vanesa. Rápidamente se dieron cuenta de que su supervivencia no era la única razón.

“Todo el mundo ha sido apartado de la observación celeste,” le dijo Vanesa. “La teniente quiere que estudiemos los mecanismos alrededor de las baldosas en las puertas de hierro. Ella cree que son algún tipo de cerradura combinada.”

La anciana relojera, resultó ser, prefería el acero a los números. Se alegraba de estar nuevamente en las puertas, en lugar de seguir intentando sincronizar los movimientos de la máquina en el techo con los de los engranajes internos.

“Francho y yo todavía estamos en la máquina, pero ella ya no insiste en que comience a empujar la Gloam como un niño lanzando una pelota,” dijo Maryam. “¿No crees que sabes por qué?”

“Quizá haya encontrado una herramienta que pueda reemplazarte,” dijo Tristan.

“Buena noticia,” exclamó Vanesa. “Una vez que la bajen—”

“Está detrás de una puerta cerrada, custodiada por un dios antiguo monstruoso que intentó comérmelo,” le explicó él.

“Ah,” musitó Vanesa. “Eso, admito, pone un freno a algunas cosas.”

Tristan reunió lo que pudo de la despensa para preparar una comida para los tres, principalmente frutas secas y pan, pero pronto el descanso de la pareja terminó. Todavía tenían tareas pendientes para la Teniente Vasanti, a diferencia de él. Vanesa fue la primera en volver, con una sonrisa cómplice. Tristan pensó que toda la conspiración en las sombras que compartían no ayudaba a mejorar esa mala impresión. Sin embargo, cuando Maryam habló, inmediatamente capturó toda su atención.

“El uso de tu contrato fue demasiado evidente como para no ser detectado esta vez,” afirmó ella. “Ya circulan rumores, y tu oportuno ataque contra el pájaro de la tumba no ha sido olvidado. Quizás sería mejor que tomes la iniciativa antes de que la especulación se vuelva salvaje.”

Antes de que alguien le atribuyera el poder de detener las ruedas con un pensamiento, predecir el futuro y quizás también volar, ella lo quería expresar. Nada se descontrolaba tanto como los rumores sobre los contratos: en casa existían tantas historias acerca de lo que los legados de los Seis podían hacer, que si todas fueran ciertas, los nobles serían más divinos que sus propios dioses. Afortunadamente, Tristan tenía una mentira preparada para esto, la misma que había estado usando durante años cuando la necesidad se imponía sobre él.

—Cinesis telepática —dijo sin pestañear—. Puedo mover objetos pequeños con cierta fuerza, pero tengo dificultades para controlarlos y a menudo recibo retroceso.

Maryam levantó una ceja en señal de sospecha hacia él. Su respuesta había sido demasiado rápida para ser creíble.

—Una mentira —Tristan se encogió de hombros—. Pero los efectos son lo bastante similares como para que sea difícil argumentar lo contrario.

—Suenas como el tipo de contrato con un dios menor que un hombre sin antecedentes podría obtener —admitió después de un momento—.

Fue un esfuerzo genuino no estremecerse cuando Fortuna golpeó con su puño la mesa —que no hizo sonido ni la estremeció, ya que solo en su carne podía fingir tocarla— y se inclinó hacia adelante, con ojos que centelleaban, apuntando con dedo acusador a una Maryam que no podía verla.

—¿Menor? —gritó—. ¿Menor?

La diosa agitó enojada su dedo.

—¿Cómo te atreves, Maryam Khaimov? —gruñó—. Tendría que haberte vendido barata, Tristan, pero esta herejía no puede ser tolerada. Debes derrotarla en combate singular. Vengar mi honor, y hazlo con fuerza.

El ladrón bebió un sorbo de su vaso de agua, sonriendo.

—¿Te he dicho alguna vez que me gustan tus cabellos? —preguntó a Maryam—. Te quedan muy bien.

Ella parpadeó lentamente, sorprendida.

—Traición —Balbuceó Fortuna, dando un paso atrás atolondrada—. Basta, Tristan, basta ya con eso.

—Tienes muy buen gusto en botas —le dijo a Maryam.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Estás... —dijo lentamente—. ¿Me estás usando para provocar a tu dios?

El hombre de ojos grises simplemente sonrió y elogió su vestido, mientras los gritos indignados de Fortuna sonaban como una melodía tranquilizadora.

—

Tristan pasó la mayor parte de la tarde esforzándose por no tocar su dedo roto, bebiendo té de diente de león y pensando en qué debería hacer.

Solo era cuestión de tiempo —pensó— hasta que el teniente Vasanti intentara nuevamente deshacerse de él enviándolo a través de la puerta de piedra. No podía estar seguro de que la deidad se encontrara allí esperando, pero parecía probable: ¿cuánto hace desde que la entidad tuvo oportunidad de alimentarse por última vez? Peor aún, no parecía verse afectada por las 'leyes' que la máquina etérea superior imponía a los dioses del laberinto. Sin duda, no había sido tímida en tratar de devorarlo.

No, cuanto más pensaba en ello, más probable parecía que el teniente lo enviaría de nuevo. Vasanti no usaría las capuchas negras, sin importar sus palabras acerca de municiones de sal, por la misma sencilla razón por la que no había seguido enviando personas a cruzarse con esa maquinaria letal por la cual Tristan casi no había sobrevivido: si demasiados murieran, habría consecuencias que no podía permitirse. Como el ladrón no confiaba en sus chances contra la deidad incluso si lo enviaban, tendría que hacer otros arreglos.

Primero, necesitaba una mano con una espada. Él y Maryam funcionaban muy bien en conjunto, pero no se podía negar que no eran los mejores combatientes. Tristan conocía a un hombre con la capacidad necesaria para la violencia y en quien confiaba más que en la mayoría en la Prueba de las Ruinas. La verdadera pregunta era esta: ¿habían avanzado lo suficiente en ese camino como para que Yong los considerara una mejor apuesta que continuar explorando el laberinto? Después de meditar esa cuestión por un tiempo, argumentando a favor y en contra, finalmente decidió que no podría obtener una respuesta hasta que las tripulaciones regresaran esa noche.

Si regresaban esta noche, corrigió mientras las horas se extendían.

Ya era tarde en la tarde, y era posible que algunas de las cuadrillas hubieran avanzado lo suficiente en el laberinto como para preferir pasar la noche allí en lugar de retroceder. Tristan no temía que alguien pasara el segundo en esta prueba pronto, pues sería imposible que alguna tripulación tuviera diez vencedores y todos hubieran tomado caminos diferentes.

Sin embargo, empezaba a quedar claro que el tiempo se le agotaba para sus otros asuntos. Había descuidado la venganza por peligros más inmediatos, pero ahora que había una luz al final del túnel podía volver su atención al negocio: Tristan no tenía intención de dejar vivir a los hermanos Cerdan ni a Cozme Aflor. El trato que había cerrado con Isabel le debía dar la oportunidad que necesitaba, pero primero debía asegurarse de que las tripulaciones regresaran al Viejo Fuerte antes de deslizarse él mismo. Ese acuerdo era lo que le mantenía atento a cualquier retorno hasta que, finalmente, su paciencia fue recompensada.

Más o menos.

El señor Augusto Cerdan, visiblemente agotado, entró cojeando en el Viejo Fuerte entrada la tarde. El infanzón parecía como si le hubieran arrojado al filo de una montaña, luciendo una colección de rasguños y moretones tan extensos que el brazo roto ya no destacaba. Lo peor era un desgarrador desagradable que bajaba del lado de su ahora roto nariz hasta la mitad de su garganta. La piel había sido rozada por algo áspero, y aunque no era una herida peligrosa, sí sería una cicatriz

durante meses. Comenzó a llamar al médico de la Guardia en cuanto entró, bastante alto— Tristan observó con diversión que el doctor en cuestión se tomó su tiempo para abotonarse antes de moverse a atenderlo— y pronto fue llevado a la cocina.

El teniente Vasanti había dado permiso a todos para la noche, por lo que no solo Tristan salió al patio para observar los moretones del infanzón siendo limpiados con alcohol. Maryam se acercó como por casualidad, apoyándose en la pared junto a él.

“Solo y herido,” dijo de manera distraída. “El señor Augusto debe sentirse bastante expuesto.”

Tristan conocía poco acerca de la gente de lo que los Malani llamaban las colonias del norte, los Triglau. Los isleños los llamaban fieros salvajes que luchaban armados con acero y asaltaban asentamientos desde sus resistentes ponis de montaña, pero si se creía en los Malani, cada guerra que habían librado había sido contra villanos odiosos, mientras que los valientes de las Islas solo tomaban las armas por el bien común, aunque a regañadientes. Había que tomar con pinzas a los Malani, aunque raramente mentían.

Al observar cómo esos ojos azules vigilaban a Augusto Cerdan, como un cazador observando a un ciervo, midiendo con la vista para la cuchilla, pensó que quizás había algo de verdad en las historias de las Islas. Esa no era la mirada de alguien que se asustara ante la violencia, que viera mal que la ley de Vesper fuera dictada por el filo de una espada.

Tristan pensó que debería haberse sentido incómodo al verlo, pero no fue así. ¿Cómo podía sentirse de otra forma cuando había visto ojos así toda su vida, cuando los veía cada vez que se miraba en un espejo? Personas como Angharad Tredegar, como Augusto Cerdan, o incluso Vanesa, consideraban la violencia como una intrusión. Una ruptura del estado de paz en que vivían. Habían pasado toda su vida tras los muros del jardín donde las leyes importaban y servían para proteger, sin entender que fuera de esas paredes la violencia era la ley. Robar a quienes no podían defenderse y proteger lo que uno podía de quienes querían apropiarse de ello: esa era la verdadera naturaleza de Vesper, para una rata.

Triglau, pensó Tristan al observar aquellos ojos azul pálido, quizás no eran tan distintos.

“Muy,” finalmente aceptó, desviando la mirada. “Tanto que creo improbable que salga del fuerte en algún tiempo.”

Y mientras permanecía allí, protegido por el santuario, Tristan no arriesgaría matar al infanzón. Los peligros eran demasiado grandes cuando ambos lugartenientes al mando del fuerte estaban en su contra.

“Tendrá que salir tarde o temprano,” susurró Maryam.

“Está ligado a las pruebas,” señaló Tristan. “Para volver a casa, en definitiva, no debe sobrevivir a su hermano ni a Isabel Ruesta. Si hay una lista, él sería el último.”

“Así que el menor debe ser el primero,” musitó ella.

El ladrón estaba bastante impresionado de que ella hubiera notado eso. Remund Cerdan sin duda debe preceder a cualquier intento contra Cozme Aflor.

Sus dos enemigos bajo Tredegar eran los más difíciles de alcanzar, en parte porque el bailarín del espejo era su protector, pero con Isabel decidida a hacer que Remund muriera, él tendría a alguien interfiriendo a su favor. Más importante aún, eso obligaría a Cozme a moverse. Después de ello, el hombre tendría dos opciones: o tragarse su orgullo y acudir a Augusto, intentando traer al menos un Cerdan de regreso a casa y confiar en que eso sería suficiente; o cortar toda relación con la Casa Cerdan y buscar refugio en la Guardia. Si acudía a Augusto, se volvería más vulnerable, ya que Tupoc Xical era leal como un chacal, y si Cozme apuntaba a la Guardia, entonces Tristan tendría toda la tercera prueba para alcanzarlo.

“Hay planes en marcha,” dijo él.

“Muy siniestros,” alabó Maryam. “¿Has considerado dejarte barba para poder acariciarla?”

“Ja,” resopló Fortuna desde detrás de él. “Eso desea.”

La Dama de las Probabilidades Altas había olvidado por completo su enemistad jurada de unas horas atrás, como era su costumbre, y ya no le mostraba su apoyo en contra de él. El ladrón, alza de ojos, rodó los ojos.

“Vamos,” dijo. “Veamos qué tiene que decir nuestro buen amigo, Lord Augusto.”

--

El mayor de los Cerdan no solo tendía a hablar, sino que lo hacía con un espíritu bastante amistoso.

Narró un cuento de desgracias, contando a los cuatro – Vanesa y Francho, por curiosidad, también se unieron a la mesa – sobre los ultrajes que había sufrido desde que las falsas acusaciones de Angharad Tredegar lo obligaron a aliarse con el bandido Tupoc Xical. Para él, ir con los aztecas había sido su mayor deseo, aseguró.

“Ella incluso llegó a Lord Ishaan, ¿ves?”, les dijo Augusto. “Un hombre decente pero muy crédulo. No tuvo ninguna oportunidad contra una embustera tan hábil como Lady Angharad.”

Tristan había visto cabezas de coles más expertas en engañar que Angharad Tredegar, pero sonrió alentador en lugar de reírse en la cara del hombre. No necesitaba mirar para saber que la evidente mentira no había encontrado eco: el Pereduri era muy respetado. El infanzón les habló de Tupoc, como un amansador de esclavos sin respetar rangos, de Felis, insolente e insubordinado, mientras que Aines no valía nada. Por más obtuso que fuera, Augusto pronto comprendió que insultar a la pareja casada con la que todos aquí habían pasado la primera prueba no le ganaría amigos.

De inmediato cambió de estrategia, concentrándose en los santuarios y los dioses.

El infanzón no reveló nada que Tristan no hubiera oído ya de Lan, salvo en lo referente a los eventos del día. La tripulación de Tupoc avanzaba con gran fluidez después de cruzar un puente destrozado, relató Augusto, pero luego tuvieron que ir bajo tierra y esperar varias horas antes de ser admitidos en algún tipo de laberinto de cristales. Allí hubo ilusiones y ataques, hasta que toda la estructura colapsó sobre sus cabezas. Augusto sobrevivió por un estrecho margen, enterrado vivo pero cayendo por una grieta. Desde allí, se topó con una cripta vacía y encontró un camino de regreso al Viejo Fuerte.

“Ahora poseo el conocimiento de una ruta segura que lleva profundamente al laberinto,” les dijo Augusto. “Solo hay un santuario en el camino, y he superado la prueba del dios: estoy ante ustedes como un vencedor.”

En realidad, él estaba sentado. Y evitaba cuidadosamente dar detalles sobre el santuario que había logrado vencer, lo suficiente para que Tristan sospechara que mentía o que había sido sumamente fácil derrotarlo. Fue durante un momento en que, entre dos jactancias sobre conocer un camino crucial, Augusto se disculpó sin mucho entusiasmo por haber enviado a Tristan lejos de su grupo durante la Prueba de las Líneas — el ladrón le informó que Tredegar había insistido y convencido a los demás, por lo que la decisión de Augusto había sido forzada— que Tristan comprendió en qué estaba pensando el noble.

“Pues,” dijo Augusto con indiferencia, “Espero que el camino sea tan sencillo que incluso los cinco podamos llegar al final del laberinto usándolo.”

El hombre buscaba formar una tripulación de exploradores, preferiblemente llena de prescindibles y bajo su mando. Tristan no podía sino preguntarse si era la desesperación o la arrogancia lo que llevaba al infanzón a pensar que todavía quedaba alguien dispuesto a seguirlo.

“Qué impresionante,” comentó Maryam con suavidad.

Como solía hacer la mitad de las veces que le dirigía la mirada, Augusto reprimió una mueca de disgusto ante la palidez de su piel.

“En efecto,” coincidió el mayor Cerdan. “Pero es mi deber como infanzón proveer a los demás.”

Francho casi se ahoga con el agua que estaba bebiendo. tosió bajo la sospechosa mirada de Augusto.

“Simplemente no puedo dejar de toser,” dijo el anciano sin dientes. “No quise interrumpir, mi señor, continúe por favor.”

“Oh, creo que ya he hablado bastante,” dijo Augusto. “¿Qué han estado haciendo los cuatro, si no tratando de pasar la prueba? Vi que los negros de capucha hicieron algún descubrimiento.”

El teniente Vasanti aún no lograba que la escalera plegable se desplegara, pero la cuerda sí parecía visible fácilmente.

“Hemos recibido órdenes del teniente Vasanti para avanzar en los intereses de la Guardia en este lugar,” respondió Tristan. “El secreto es primordial, estoy seguro de que lo entienden.”

Lanzó una mirada a los demás, que parecían dispuestos a seguir su ejemplo en esto.

“Por supuesto,” dijo Augusto con ceño fruncido al notar que nadie más añadía nada. “Aunque supongo que estarán libres para mañana, ¿verdad?”

“Eso no nos corresponde a nosotros decidirlo, mi señor,” dijo Tristan. “Estamos en el servicio del comandante del Fuerte Viejo hasta que nos liberen.”

El noble golpeado miró a los otros, buscando a alguien que contradijera lo dicho, pero solo encontró silencio. Molesto, aunque sabiendo que era mejor no presionar cuando su posición era tan débil y estaba involucrado un teniente de la Guardia, Augusto se resignó. Cambió de tema, volviendo a quejarse de su viejo grupo. Tristan pensó que, al principio, might tener un propósito, pero pronto se dio cuenta de que el noble solo quería desahogarse.

Maryam y Francho se retiraron pronto, pero el ladrón se obligó a quedarse por si algo útil se revelaba. Vanesa, sospechaba, simplemente le tenía lástima suficiente para soportar sus quejas.

“Ambos de los aztecas son como animales salvajes,” les explicó Augusto. “Xical es de Izcalli, así que eso era de esperar, pero Ocotlán no es mejor, incluso después de toda una vida bajo un gobierno ilustrado.”

Los tatuajes y la complexión de Ocotlán lo marcaban como rompehuesos del Menor Mano, uno de los coterías más grandes de Sacromonte, así que Tristan no sintió sorpresa alguna. A los Mano les gustaba que sus ejecutores fueran brutales.

“La vida en la Mugre puede ser muy dura,” dijo Vanesa. “No todos los que recurren a la violencia la disfrutan, Señor Augusto.”

“Ese hombre sí,” replicó Augusto con arrogancia. “Pasaba mucho tiempo jactándose del trabajo que había hecho para sus ‘patrocinadores’, historias sangrientas que le hacían sonreír y reír. Me contó con orgullo cómo golpeó a un hombre hasta matarlo delante de su hijo y cómo ahogó a otro en un cubo de basura.”

Eso parecía bastante lógico, pensó el ladrón, y su interés se redujo por completo. ¿Qué le importaba el desconcierto de un infanzón ante la verdadera cara de la ciudad que su clase tanto presumía haber convertido en un paraíso? Augusto Cerdan habría pasado toda su vida sin preocuparse en absoluto por lo que sucedía en la Mugre cada día, si no le hubieran informado de ello. En realidad, seguía sin importarle, sabía Tristan, y solo utilizaba las historias de barbarie como una excusa para quejarse de sus antiguos compañeros. Si por alguna razón lograba sobrevivir al Dominio y regresar a Cerdan, el infanzón olvidaría todo lo aprendido en cuestión de horas.

El asunto con el barro era que, cuando uno era noble, tenía sirvientes que le limpiaban las botas.

“- y se jactaba de haber hecho trabajos para sus patrocinadores incluso después de que decidieron enviarlo a estas malditas pruebas,” soltó Augusto con rabia. “De romperle la pierna a un...”

Vanesa podía estar dispuesta a consolar al necio, pero la paciencia de Tristan se agotó. Fingió que lo llamaba Maryam y se alejó, lanzándole una mirada apenada al relojero que ella no notó. ¿Realmente le interesaban las palabras del Cerdan? Seguramente no podrían estar tan fascinadas como parecían. Vanesa era demasiado buena para su propio bien, pensó, no por primera vez. El mayor de los hermanos Cerdan parecía realmente complacido con tener una audiencia tan dispuesta, casi ansioso por responder a sus preguntas.

Tristan podría haberle tenido lástima por estar tan evidente carente de afecto, si no fuera porque era un Cerdan.

El hombre provenía de esa maldita familia, así que en lugar de eso, el ladrón decidió apartarlo de su mente y atender uno de los secretos que había descubierto. Guardar uno de los botones de piedra que tomó del pilar no era muy diferente, en la práctica, de esconder una llave detrás de la espalda del teniente Vasanti, ya que apenas podía hacer algo más que abrir una puerta con ese objeto. Era una forma de acceder a los secretos, no portador de secretos en sí mismo. Al menos para él.

Francho, que podía escuchar las voces en las piedras, lo veía de otra manera.

El anciano no era difícil de localizar: dormía plácidamente en su manta, roncando bastante fuerte. Tristan casi sintió lástima por despertarlo, pero cuanto antes obtuviera respuestas, antes podría comenzar a delinear el final de esta prueba. El profesor sin dientes lamió sus labios al ser despertado suavemente, con los ojos ciegos por un momento antes de abrirlos por completo.

“Trist-” empezó, pero se lanzó a una carcajada de tos.

El ladrón esperó a que se calmara, luego le llamó la atención con la mirada.

“Tendrás dificultades para dormir bien si duermes demasiado tiempo,” dijo, mientras le entregaba el botón de piedra en la mano.

Los ojos de Francho se abrieron de par en par, pero captó rápidamente la idea.

“Eso es cierto, supongo,” dijo el anciano. “Quizá debería dar un paseo. ¿Alguna sugerencia?”

‘¿De qué trata esto?’

“Mientras no esté en el pilar,” dijo Tristan fingiendo una pequeña risa. “El dios allí no sería una buena compañía.”

“Eso no es una respuesta convincente,” resopló Francho. “¿Debería preguntarle al teniente?”

‘¿Sabe Vasanti de esto?’

"Seguramente que no," dijo Tristan. "Podría tomárselo como avances."

"Nunca es demasiado tarde para el amor, muchacho," rió Francho.

Bien, ahora estaban en sintonía. Tristan retrocedió, extendiendo una mano para ayudar al anciano a levantarse. Francho la tomó, dejándose tirar hacia él.

"Demasiado débil," susurró el anciano. "Me llevará horas distinguir las palabras, vuelvo esta noche."

Asintiendo en acuerdo, el ladrón sonrió. Podría esperar.

--

Tardó más de lo que Franco había dicho: el profesor llegó a hablar solo una hora antes de medianoche.

Se sentaron en la mesa de la cocina compartiendo un cuenco de cabecitas, el clásico de Lierga en Sacromonte, rebanadas crujientes de hongos. Estas eran al estilo sacromontano, saladas pero sin pimienta, y como en casa la guarnición las mantenía en un barril. Francho no tenía dientes, así que rompía las chips con los labios y las succionaba hasta que quedaban tan blandas que podía tragarlas de un solo trago. No era apetitoso a la vista, pero el ritmo lento les daba excusa para permanecer allí hasta terminar de hablar.

"La historia de este lugar," dijo Francho, "se divide en tres partes."

Trazó un círculo sobre la mesa antes de romper otro trozo de cabecita.

"Primero está una isla en lo que aún no era el mar Trebiano," dijo. "Los Antediluvianos, por razones que solo ellos conocen, construyeron este pilar y la máquina etérea. Luego llega la Noche Antigua, y cuando cae el Primer Imperio, la isla queda abandonada."

"Y llegan los demonios," dijo Tristan.

"Y llegan los demonios," coincidió Francho. "Se introducen en el pilar, manipulan la gran máquina y luego rompen las puertas para que nadie más pueda hacer lo mismo. Después construyen el Viejo Fuerte y comienzan la larga labor de edificación del laberinto."

El anciano hizo una pausa.

"Pero no es tan simple como eso," explicó el profesor. "Nadie sabe con certeza qué ocurrió durante la Noche Antigua, si realmente hubo un Diluvio o si es solo mitología, pero es indiscutible que la caída del Primer Imperio provocó migraciones masivas de personas y oscuridades. En esa época, las islas del mar Trebiano comenzaron a poblarse por primera vez, entre ellas, esta misma Vieja Perdida."

"¿Y los demonios simplemente los dejaron?" frunció el ceño Tristan.

"No habrían sido muchos," se encogió de hombros Francho. "Estos colonos —no oscuridades, al menos no aún— serían las mismas personas que construyeron los círculos de piedras levantadas, y creo que, si no eran amigos de los demonios, al menos no eran enemigos."

Tristan tomó un momento para asimilar eso. Toda su vida le habían hablado de la maldad de los demonios, que no se podía confiar en ellos. No eran como los huecos, con quienes se podía negociar y vivir, sino algo fundamentalmente malvado. Incluso los demonios que firmaron los Acuerdos de Iscariote y fueron permitidos vivir entre los humanos más allá de las murallas de Pandemonium estaban simplemente esperando su momento para volver a devorar hombres. Pero tal vez, en aquel entonces, las cosas fueran diferentes, pensó. No se podía negar que los demonios acechaban a los hombres, pero otros también lo hacían.

En tiempos de un caos sangriento como la Vieja Noche, ¿habrían visto los colonos a los habitantes del Infierno como algo peor que sus otros enemigos?

"Se dice que la Guardia tomó esta isla de los vacíos, no de los hombres," comentó el ladrón.

"Es un fenómeno conocido y bien documentado que la población de islas sin una fuente natural de Resplandor se vuelva hueca progresivamente a lo largo de generaciones," descartó Francho. "Imagino que los cultistas de nuestra época son descendientes de aquellos colonos, retorcidos por siglos en la oscuridad."

Tristan asintió lentamente.

"Entiendo que la tercera parte es cuando llega la Guardia," dijo.

"Tras la firma de los Acuerdos de Iscariote, la Guardia construyó el Estribor como sede de su orden y comenzó a expandir su influencia a lo largo del Mar Trebiano," explicó Francho. "No te haré la lección de historia sobre los conflictos de la orden con Sacromonte —en aquellos días aún intentando revivir el Segundo Imperio— y sólo diré que la mayor parte del poder de la Guardia en aquel entonces permanecía en el este, en el asedio centenario de Pandemonium y su posterior sellado."

"No disponían de dinero ni de mano de obra para gastar," tradujo Tristan. "Y aun así vinieron aquí y tomaron el Dominio de los demonios y oscurillos. ¿Por qué?"

Esto, pensó, era el hilo a tirar. Si lograba entender por qué llegó la Guardia y por qué se quedó, todo lo demás encajaría.

"He pasado las últimas tres horas," dijo Francho, "descifrando la respuesta a esa pregunta escuchando las voces de los demonios que una vez usaron tu botón. Todo se reduce a un error muy leve, Tristan, que se fue acumulando a lo largo de los siglos.

El profesor calvo y sin dientes tembló, tragando su trozo de hongo y presionando sutilmente el botón de piedra contra el costado del cuenco mientras alcanzaba otra galleta. Tristan lo tomó con igual discreción, y esperó mientras Francho comenzaba a toser violentamente. Sólo después de un minuto de respiraciones profundas, el anciano abrió los ojos y empezó a hablar.

“Cuando la Guardia blanca llegó por primera vez a Vieja Perdida,” balbuceó, “los oscurillos que habitaban en ella hablaban lo que se llama un dialecto Trebiano. Es decir, una de las lenguas descendientes de aquella que se hablaba aquí en el Primer Imperio. Restos de esa lengua raíz, Tristan, aún permanecen en todo el Mar Trebiano —por ejemplo, en el Rectorado de Áspodel, que todavía usa ese dialecto en sus ceremonias oficiales.”

“Hubo una especie de mistranslation,” adivinó Tristan.

“La palabra que usaban los antepasados de los oscurillos, aprendida de los demonios, que la Guardia habría reconocido,” afirmó Francho. “Pero luego, la isla quedó aislada durante siglos. Su acento cambió, así que cuando los de la Guardia hicieron sus preguntas, la mitad de los términos estaban malentendidos.”

Hizo una pausa.

“Cuando nos encontramos con cultistas, Tristan, ¿te diste cuenta de que se scarifican y se tatúan?”

“Con un ojo rojo,” afirmó Tristan, y frunció el ceño.

Recordó a los cultistas que blandían mazas y que pudieron haberlo matado si no fuera por el Uso de un Signo de Maryam, la manera en que sus mejillas estaban cicatrizadas con elipses rojas. Pero, ¿habría llamado Tristan a esas marcas ojos, si ya no supiera que el hueco pertenecía a un culto con ese nombre?

“¿No es un ojo, verdad?” preguntó.

Francho sonrió.

“Boca,” dijo. “O quizás, hocico. Es el dios que adoran en ese culto, y probablemente también el rumor que hizo que la Guardia viniera aquí a investigar.”

Y entonces todo empezó a tener sentido.

"Me dijiste que los círculos de piedras levantadas que construyeron los settler estaban cerca del río porque los ríos representan fronteras," dijo Tristan. "Que esto podría significar que la frontera se estaba debilitando o fortaleciendo."

Y tenía que ser fortalecida, para que el airavatan no pudiera entrar con solo su existencia. Los mismos colonos que habían levantado esas piedras habían mantenido buenas relaciones con los demonios, acababa de decirle Francho, y la forma de todo esto se iluminó en su mente.

"Creo que fueron construidos," dijo Francho, "por la misma razón por la que los demonios construyeron su laberinto: el corazón de ese dios yace bajo esta caverna, bajo la montaña."

¡Dioses! ¿Qué tan grande era la Boca Roja? Debe extenderse por millas, para llegar hasta el río mientras su corazón latía bajo sus pies. Solo las deidades más antiguas alcanzan tal tamaño — no, eso era una distracción de lo que realmente importaba. Las capas de intrigas, acumuladas a lo

largo de los siglos como sedimentos en el fondo de un canal.

Los demonios no querían que este dios se libre, pero no lo habían matado, o quizás no pudieron hacerlo. Sí, eso parecía más probable. Así que en su lugar, encarcelaron a la Boca Roja, haciendo algo con la máquina de éter dorado y cerrando las puertas de los pilares para que no pudiera ser deshecho, y construyeron un laberinto sobre el corazón de la Boca Roja. Un laberinto lleno de dioses hambrientos, pensó Tristan, que la máquina de arriba obligaba a comer no humanos ni hollows, sino solo lo divino.

"Los dioses de los santuarios están destinados a desgastar a la Boca Roja," susurró. "Por eso los demonios siguieron construyendo templos a lo largo de los siglos, reemplazando aquellos que la Boca Roja devoraba para mantener la prisión operativa."

Francho asintió lentamente.

"El Vigilante no hizo lo mismo," dijo. "Haber escondido y trasladado templos enteros a esta isla con regularidad habría sido imposible, y ni siquiera puedo imaginar cómo lograron algo así en primer lugar."

No a través del camino por donde su tripulación había entrado en esta caverna, no, y parecía ser también el modo en que el Vigilante solía llegar a la Antigua fortaleza.

"No," dijo Tristan lentamente. "No lo han hecho, así que la prisión se debilitaba con el tiempo. Pero empezaron a hacer otra cosa, después de tomar el Dominio."

Las pruebas. Las malditas pruebas. El Vigilante no podía traer templos enteros y los dioses ligados a ellos, así que tarde o temprano la Boca Roja devoraría a todos los dioses que la mantenían contenida — ella era más antigua, más poderosa. Podía permitirse una guerra de desgaste y esa era la naturaleza de esta prisión, dioses que morían lentamente, desgarrándose unos a otros. Así que en lugar de eso, el Vigilante buscó una forma de fortalecer a los dioses del laberinto, para ayudarlos contra la Boca Roja, y en esa búsqueda encontró un agujero en las leyes impuestas por la máquina de éter.

Las pruebas eran simplemente un modo de seguir atrayendo personas al Dominio, de modo que suficientes lograran llegar a la segunda prueba y morir, fortaleciendo así a los dioses del santuario.

La inversión excesiva del Vigilante en la isla, su método de reclutamiento aparentemente retrógrado, todo se explicaba si dejabas de ver el Dominio de las Cosas Perdidas como una serie de pruebas, y en cambio, lo considerabas una prisión. Los hombres de capa negra pagaban con oro y vidas cada año porque, de no hacerlo, esta Boca Roja podría romper el cerrojo de su prisión y convertirse en un problema mucho mayor — uno que ellos no sabían cómo matar, porque si pudieran, ya lo habrían hecho sin duda alguna.

"Sacrificios anuales", susurró Francho con suavidad. "Mantener el sello fuerte."

Los dedos de Tristan se tensaron con fuerza.

“No podemos revelar esto,” afirmó. “Podrían matarnos para mantenerlo en secreto.”

Si se difundiera la verdadera naturaleza de lo ocurrido en el Dominio de las Cosas Perdidas, las consecuencias serían... Tristan no lograba comprender del todo lo que el Consejo en su conjunto podría sufrir; el alcance era demasiado vasto para un simple ratón, pero al menos el flujo de aspirantes a juicio se secaría. Ni siquiera el orgullo ni la tradición obligarían a los infanzones a seguir ofreciendo a sus hijos a algún antiguo dios salvaje, como lo habían hecho inconscientemente durante siglos. ¿O acaso los infanzones conocían la verdad? No, eso no podía haber quedado en secreto si fuera así. Pero si solo eran los señores y damas de los Seis, quizás sería una historia diferente.

Una conspiración para otro momento.

“No pronunciaré ni una palabra,” prometió Francho con firmeza.

Tristan exhaló profundamente, pasándose una mano por el cabello. No temía eso, el anciano no quería ser arrastrado a la fuerza y fusilado más que él mismo. Lo mejor era cambiar de tema; quedarnos en ello solo aumentaría su inquietud.

“Casi sería una lástima que no puedas,” dijo Tristan. “¡Imagina el libro que sería! La universidad seguramente te rogaría que volvieras.”

La expresión de Francho se cerró, pero no por la mención de la Universidad de Reve. Era la referencia a un libro lo que le dejó esa expresión casi amargada, y Tristan ocultó su interés. Aunque el hombre era generoso en historias divertidas, el pasado del profesor seguía siendo en gran medida un misterio para él.

“Supongo que solo justo es decirlo,” suspiró el viejo sin dientes, “ya que compartimos tantos secretos.”

Asintió una vez, tosiendo con algo de humedad en la mano, y su voz sonó áspera al hablar.

“No puedo escribir,” confesó Francho.

Tristan parpadeó ante la absurdez de la afirmación. ¿Cómo había llegado a ser Maestro en Reve si no podía — oh.

“Tu contrato,” dijo el ladrón.

“Conocí a la Bibliognosta cuando era joven, mientras buscaba tesoros,” explicó Francho. “Fue un honor que mostrara interés en mí; quizás no hayas oído hablar de él, pero es un dios que surgió con las primeras universidades. Una deidad de eruditos y secretos, que habita en lugares olvidados de conocimiento.”

“Sin embargo, tu contrato es reciente,” afirmó Tristan.

Más de unos pocos meses, según el cálculo del ladrón, pero definitivamente no décadas, como sería común si se hubiera firmado cuando aún era joven.

“En aquel entonces, era orgulloso y terco,” dijo Francho. “No acepté su oferta, convencido de que aún estaba destinado a algo mayor. Y no estaba del todo equivocado: pronto me convertí en uno de los más jóvenes Maestros que la Universidad de Reve había designado jamás.”

Una pausa.

“Un día miré a mi alrededor y comprendí que tenía sesenta años y no había dejado una huella duradera en el mundo,” dijo en voz baja Francho. “Que moriría y Vesper olvidaría mi nombre.”

“Entonces, volviste a buscarlo,” dijo Tristan.

“No lo hice de manera imprudente,” le aclaró Francho. “Tenía metas precisas: había estado cerca de encontrar registros del mítico Primer Canto, el idioma del cual derivan todos los demás cants huecos en el Mar Trebiano, pero las ruinas que debían conducirme a una biblioteca estaban desfiguradas. Necesitaba una manera de desentrañar sus secretos, pase lo que pase.”

“Escuchar los susurros en la piedra,” murmuró Tristan. “Él te dio lo que deseabas.”

“El tiempo no importa para un dios,” dijo Francho. “Para mí, han sido décadas, pero para él apenas un parpadeo. El Bibliognosto me ofreció su poder, y aunque el precio por lo que pedí fue alto, no fue injusto.”

“Él te quitó la habilidad de escribir,” dijo el ladrón.

“Ese fue el precio,” afirmó Francho, luego frunció el ceño. “O eso creía. Planeaba sortear la restricción haciendo que un estudiante escribiera en mi lugar, lo cual sería excéntrico pero no tanto como para que Reve tuviera objeciones. Solo que, cuando empecé a dictarle mis palabras a la estudiante, ella descubrió que no podía escribirlas.”

Se rió con amargura.

“Como intentar sostener humo,” describió Francho, “y esa fue la sensación cuando me di cuenta de que no había entregado mi capacidad de escribir, Tristan: le había dado al Bibliognosto ‘todo lo que pudiera escribir en el futuro’.”

Oh, pensó Tristan suavemente. Un dios de eruditos y secretos, había llamado Francho a esa entidad. Fortuna era la Dama de las Altas Tasas, aquella en una en mil chances, y eran esas apuestas en las que ella se alimentaba—ganar o perder. El Bibliognosto se alimentaba del conocimiento del viejo profesor y, mediante frases astutas, lograba que todo lo que Francho aprendiera por contrato se convirtiera en secretos que podía saborear. Si lo que Francho aprendía no podía ser plasmado por escrito, en unas décadas prácticamente sería como olvido.

No todos los dioses ofrecían pactos tan sencillos como el que había hecho con Fortuna: algunos veían a sus contratistas como poco más que el relleno de la cuchara que les metían en la boca.

“Sí,” dijo Francho. “Me engañaron.”

“¿Te echaron de la universidad por eso?” preguntó Tristan.

Un profesor que no podía escribir ni ser escrito en su lugar casi no servía para enseñar a los alumnos.

“Ellos no iban a expulsarme,” resopló el anciano. “Era tan conocido entre mis compañeros como los ladrillos o las fuentes, parte misma de Reve. Pero me quitarían la cátedra de Maestro y dejaría de dar clases.”

Hizo una pausa.

“No soporté eso,” admitió Francho. “Ser engañado y perder tanto, cuando creía ser más astuto que un dios. Por eso me dirigí al Caliginum, la biblioteca bajo Reve, y rogué libros prohibidos en busca de una forma de romper el precio.”

“Mencionaste que fue una disputa con la rectora lo que te llevó a abandonar la universidad,” recordó Tristan.

Francho sonrió sin dientes.

“Estuve cerca,” dijo. “Podía transferirlo a conejos, pero nunca sobrevivían al proceso. Necesitaba un cerebro mayor, capaz de un pensamiento más elevado. De verdadera interacción con el éter. Y siempre había estudiantes desesperados por tutoría para que sus calificaciones no los expulsaran.”

Tristan se quedó inmóvil.

¿Lo hizo con un estudiante?

“Encontraron los libros en mi habitación antes de que pudiera,” dijo Francho.

Sonrió sin alegría.

“O eso le dijo la rectora a los infanzones, cuando me declaró hombre buscado,” dijo. “En realidad, llegaron con una hora de retraso.”

El ladrón inhaló con fuerza.

“No funcionó,” dijo Francho con tranquilidad. “El propio cerebro del muchacho se le salió por las venas.”

Así que esa era la razón por la que el hombre no era un tutor en una noble casa, enseñando a su prole. Era un asesino y un hombre buscado. Francho alcanzó otra cabecita, la rompió en sus labios y chupó el fragmento. Lo tragó, húmedamente.

—¿Estás decepcionado, Tristan? —preguntó suavemente el anciano—. Que no soy el hombre que me gustaría parecer.

El rostro de Francho no reflejaba vergüenza ni duda. No, el ladrón decidió que no lamentaba lo que había hecho, incluso si le había salido mal. El viejo profesor había decidido que estaba dispuesto a matar por una oportunidad de burlar el precio de su contrato, de recuperar todo lo que había perdido. Quizá, si Tristan fuera del Casco Antiguo, estaría disgustado, pero él era una rata. Sabía mejor. Francho había sido hambriento y había mordido. Que la persona a la que mordió no lo merecía, no cambiaba nada. ¿Desde cuándo el mundo funcionaba basado en lo que la gente merecía?

Todo lo que mordiste alcanzando con tus dientes, nada más y nada menos.

—Supongo que tengo una pregunta —dijo Tristan.

—¿En serio? —dijo Francho—. Adelante, pregunte.

El ladrón inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Lo encontraste? —preguntó—. La Primera Cant que buscabas.

Francho quedó inmóvil como una piedra, observándolo durante un largo instante, y luego convulsionó. Tristan pensó que estaba tosiendo o llorando, hasta que salió la carcajada más amarga que había oído.

—Había errores de ortografía en la estela —le explicó Francho—. Se suponía que hablaba de la biblioteca en pasado, ¿ves?

El anciano sonrió sin dientes.

—Fue derruida hace milenios para hacer sitio a un burdel, así que no quedó nada para encontrar.

Volvió a reírse, pero Tristan no pudo evitar escuchar el lamento que se escondía en ella. Un gemido. Dejó al profesor sentado solo, luchando con su dolor, y no volvió la vista atrás.

Tenía sus propios fantasmas que enterrar y no le quedaba tiempo para los de nadie más.

—

La cuerda de la escalera que subía hasta la columna no estaba protegida ni vigilada.

¿Para qué, si, según la teniente Vasanti, la única habitación allí daba a una puerta de la que ella era la única que tenía la llave? —pensó el ladrón con desaprobación—. Poco cuidadoso, se dijo, en su lugar habría dejado un vigilante allí arriba y habría hecho subir la escalera hasta la mañana. La imprudencia de Vasanti fue su oportunidad, así que salió sigilosamente del Antiguo Fuerte y volvió a subir por la misma escalera que tanto le costó desprenderse en la primera ocasión. En el bolsillo de Tristan, esperaba el botón de piedra que le había prestado a Francho, pero aún no lo utilizó. En

cambio, se recargó contra la pared junto a la puerta de piedra y le dirigió una mirada a los ojos dorados de Fortuna.

Ella los rodó, pero avanzó de todos modos.

La diosa no podía alejarse mucho de él, pero muros y cerraduras no significaban nada para ella. No era físicamente presente, después de todo, solo la ilusión de su presencia en sus ojos. Fueron veinte segundos en que regresó, asomándose con la cabeza por la puerta todavía cerrada.

—No está allí —le dijo Fortuna—.

—Necesitaré que también observes el pasillo hacia adelante —murmuró Tristan—. Pero recuerda que no podemos hablar. Podría ser sensible al sonido.

Ella elevó una ceja, una vista algo desconcertante cuando todo lo que se veía de ella era una cabeza flotante y rubios mechones sueltos. Él pensó, mientras sus dedos cerraban sobre el botón de piedra, que seguramente lo hacía a propósito.

—Soy perfectamente capaz de guardar silencio —dijo ella—. Es tu charla constante la que—

Presionó el botón en la apertura, cortando sus palabras con la acción de la puerta que se abrió de golpe—. Se deslizó para atraparlo, ya que el botón cayó del 'candado' del otro lado. Fortuna pareció más que ofendida, lo que empeoró cuando él llevó un dedo a sus labios en un gesto de silencio con una sonrisa. Tristan vio que las luces volvieron a encenderse en la habitación de losas, pero no se quedó allí. Dejó la puerta entreabierta y regresó por donde había llegado: la puerta de mantenimiento. La habitación allí era exactamente igual a como la había dejado, así que el ladrón se aprovechó de la primera excusa para volver a entrar.

El último botón de piedra cayó en su bolsillo y luego tomó la marca Vasanti por la que tanto anhelaba.

Ahora, por la segunda razón. Retrocedió hacia la puerta con la cerradura rota, aquella que conducía al pasillo, y cruzó la mirada con Fortuna. Ella atravesó sin detenerse cuando él estuvo a punto de huir, pero luego volvió con un movimiento de cabeza. El dios no estaba allí, al menos por el momento. ¿Por qué se había ido? ¿Los dioses dormían? No lo había pensado así. Sin embargo, por ahora contaría sus bendiciones y avanzaría por el pasillo con toda la calma que había aprendido. La puerta seguía allí, oculta tras la curva del pasillo, y a unos veinticuatro pasos de distancia, llegó a ella. Vidrio verde, pero lo suficientemente transparente como para ver a través de él.

Y como había sospechado desde la primera vez que lo vislumbró a lo lejos, lo que veía a través de esa puerta era un ascensor.